

BIBLIOGRAFICAS

LA EDUCACION DE BOLIVAR

R. J. Lovera De-Sola (*)

Son numerosos siempre los libros sobre la figura del Libertador que ven la luz. Para el crítico seguirlos no es asunto fácil. Y no lo es porque entre los muchos que aparecen él debe, tras leerlos, escoger para su trabajo de interpretación sólo aquellos que nos ofrecen nuevas lecturas, seguras, seriamente documentadas, de sus avalares, si de una biografía se trata o de aspectos de su personalidad, acción o ideario. Tiene sin embargo el estudioso que separar aquellas obras que sólo copian los libros fundamentales de los que traen verdaderas novedades al campo de la investigación bolivariana. Nos encontramos ahora frente a una de estas obras sobre Bolívar, la cual, como ha pedido Tomás Polanco Alcántara, resalta por los “métodos críticos y realistas, sustituyendo la fábula por la investigación, la leyenda por el análisis y la anécdota por la interpretación” (Presentación de la obra Simón Bolívar, **Boletín de la Academia Nacional de la Historia**, Caracas, n° 308, 1994, p.327). Nos referimos al libro del profesor Gustavo Adolfo Ruiz **La educación de Bolívar**. (Contratapa: Ildefonso Leal. Caracas: Editorial Tropicós, 1991. 164 p.).

En esta obra Ruiz replantea, desde su raíz, cuanto habíamos conocido hasta el presente sobre la educación de Simón Bolívar. Es mucha la nueva luz que arroja para el conocimiento del tema ya que como era su aspiración logró desentrañar, con fina mano y agudo ojo de inquisidor de viejos papeles, “lo verdaderamente auténtico del cúmulo de informaciones, testimonios, creencias y afirmaciones” (p. 7) que sobre el tema se ha venido haciendo, repitiendo muchas veces verdaderas consejas, dejándose por sentado, en otros casos, fábulas que no tienen base histórica.

Para poder arribar a las conclusiones a las cuales ha llegado Ruiz ha tenido que reexaminar todos los elementos que nos permiten vislumbrar cómo se educó Simón Bolívar, cuál fue la clase de instrucción que recibió y donde se

(*) Escritor y crítico literario.

llevó a cabo ello. Y aunque parezca que se había dicho todo sobre este punto básico para entender la personalidad del Libertador, y la del mayor de sus ductores, al leer este volumen vislumbramos como es de amplio el conjunto de problemas que el escrito nos plantea y su autor logra resolver gracias al cuidadoso examen del asunto que trata. Es así como alcanza a dar nueva, y luminosa interpretación a un asunto tan interesante y tan importante como es el que trata en su tomo. Es un examen tan denso el que aquí hallamos que nos damos cuenta que era imposible entender este asunto básico sobre Bolívar sin un conocimiento, tan minucioso, de este tema, como el que nos ofrece Ruiz con especial pormenor en su trabajo.

Antes de plantear las tres tesis que se han sostenido sobre la educación de Bolívar, la formación individual, la “rusoniana” y la escolar, sitúa Ruiz al Libertador en su medio tratando con especial meticulosidad dos espacios básicos para conocer al niño y adolescente que recibió la educación que se le procuró en Caracas. Hasta que tuvo la edad de quince años, momento en el cual marchó a España a mejorar la formación recibida. Entre el día de su nacimiento (julio 24, 1783) y el de su paso a la península (Enero 19, 1799) transcurren los límites de la monografía que analizamos. Sólo se sale de este marco al analizar un documento producido por el Libertador veinte y cinco años más tarde (enero 19, 1824). Nos referimos a la **Carta de Pativilca**.

Esos dos espacios a los que nos hemos referido, con cuyo estudio abre Ruiz su obra, son el relativo al contexto geográfico, la ciudad de Caracas, en la cual Bolívar recibió la educación básica. El segundo tópico es el medio familiar, las casas de los Bolívar y de los Palacios, en la cual primero el niño y más tarde el adolescente recibió los primeros influjos que toda persona recibe. Tratar este tópico es una de las varias agudas contribuciones que Ruiz hace al tema que trata. Es más, no sabemos por qué este singular tópico se deja de lado, o se ignora, casi siempre que se trata de la vida de un venezolano egregio. La influencia del hogar en la conformación de la personalidad es grande, decisivo. Y es básico para entender a ciertos hombres. Y muy fundamental cuando se trata de analizar las realizaciones intelectuales de la mujer, quienes hasta pasada la tercera década del siglo XX no tuvieron otra escuela para su formación adulta que la propia casa.

En cuanto al medio donde Simón Bolívar vio la luz son numerosas las noticias que urde Ruiz para dibujar el panorama de su educación. En muchos hechos, y en más de un detalle este libro es una importante contribución al estudio de sus mocedades. Es así como Ruiz nos hace ver como era la urbe en la cual su personaje nació, como era el ámbito en el cual aquel niño perteneciente a la aristocracia caraqueña, a los “amos del valle”, creció. Se detiene también en las ideas que circulaban, en los acontecimientos que se sucedieron

en aquel poblado durante los primeros tres lustros de su vida, en los intentos de reforma educativa llevados a cabo en esos días por Juan Agustín de la Torre, el capuchino Fray Francisco de Andujar (1760-1817) y por don Simón Rodríguez (1769-1854). Es esto lo que le permite concluir apuntando que fue así como Bolívar “dotado de una aguda inteligencia y de talento no común, se encontró durante su infancia, pubertad y adolescencia, en excepcional situación para observar y apreciar con particular visión los rasgos sobresalientes de lo que ocurría a su alrededor... viendo, oyendo y pensando en lo que se hacía y se decía en el entorno que condicionaba su vida, Bolívar se fue preparando para su primera gran tarea de comprender su mundo cercano y de disponer a enfrentarlo con impulso transformador. A la integración de su personalidad habrían de contribuir también el área marginal que lo albergaba” (p.19). Y en cuanto a la forma como aquel medio caraqueño estaba abierto, en aquellos días de grandes cambios universales, el niño Simón tenía apenas seis años cuando en París se inició (julio 14, 1789) la gran mutación revolucionaria, anota Ruiz “Bolívar... vivió en este clima de prometedora intranquilidad, de constructiva perturbación y difícilmente pudo sustraerse a su influencia” (p.28). Su vida, en muy pocos años, confirmaría este aserto.

En cuanto a la educación familiar señala Ruiz que hay un hecho básico para comprender al Bolívar que recibe su primera formación intelectual en Caracas:

se trata de un huérfano, de un niño que perdió el padre a los tres años (1786) y la madre a los nueve (1792). Se refiere también a la personalidad de sus tutores: el abuelo Feliciano Palacios y Sojo, el queridísimo tío y padrino Esteban Palacios, el hosco tío Carlos Palacios, en cuyas manos quedó al morir el abuelo, ya que en ese momento don Esteban residía en Madrid, cosa que ha estudiado con singular precisión Manuel Rafael Rivero (**Tras las gracias del Rey**. Caracas: Monte Avila Editores, 1996. 411 p.). Se detiene también Ruiz en los curadores que para el manejo de su espléndida fortuna tuvo el niño: Miguel José Sanz (1754-1814), Francisco Antonio Carrasco, Félix de Armas y José Remigio Ochoa.

Al detenerse en este tópico señala, basado en una honda certeza documental, que nunca el licenciado Sanz fue maestro de Bolívar, ya que no fue “tutor ni administrador de sus bienes... sólo actuó... como “curador ad litem” del menor en un caso determinado (p.44).

Indica también que es una falacia la conseja, durante tanto tiempo sostenida, de haber sido Bolívar un niño incorregible ya que la única rebeldía bien conocida, y ampliamente documentada, fue el momento en el cual escapó de la casa de su tutor interino (p.50), su áspero tío Carlos. Se fue en ese momento (julio 24, 1795), a la edad de doce años, a la casa de su hermana María Antonia.

Buscaba sin duda afecto, los roces del cariño que no podía recibir junto a su tío Carlos, huérano y solterón, en cuya casa no había ninguna mujer, ya que las hermanas de Simón y sus tías se habían casado, y aquel adolescente vivía en un hogar huérano de feminidad, como acotó Salvador de Madariaga (Bolívar. Madrid: Espasa Calpe, 1975, t. I, p.77). Por su huida al hogar de la hermana mayor hubo un litigio. Legalmente se obligó al muchacho a volver a la mansión de su cuidador, que lo era don Carlos Palacios en ausencia del verdadero tutor del jovencito, su tío y padrino Esteban Palacios, residente entonces en España.

Expuestos todos estos puntos concluye Ruiz esta parte de su disertación anotando "El ambiente hogareño de Bolívar no fue ...el que más convenía para satisfacer sus necesidades educativas. La carencia de una firme afectividad que operara con constancia sobre su formación, la falta de una dirección segura que él siguiera voluntariamente, los conflictos en los que muy a su pesar y sin quererlo se ...hicieron que él supliera con sus propia iniciativa y decisión la débil influencia favorable externa que eventualmente sobre él se ejerció ...si esto sucedía en su caso, el modo general no se diferenciaba mucho de lo que a él le ocurría, debido al precario concepto que entonces se tenía de la infancia y al tipo de trato que en consecuencia a los de su edad se les proporcionaba... En el terreno doméstico, los padres por lo regular poco cariñosos y en cuanto a las madres, si bien algunas se distinguían por su ternura, era común que otras abandonaran a los criados el cuidado de los hijos... De allí el gran cariño que llegaron a suscitar las negras esclavas, las cuales en muchos casos fueron las madres reales de los niños blancos, por los afectos con que los trataban y los cuidados que les prodigaban" (p.57). A través de esas mujeres del pueblo los niños ricos de este tiempo, como Bolívar, recibieron lo que el maestro Arturo Uslar Pietri denominó la "pedagogía negra" (Fachas, fechas y fichas. Caracas_ Editorial Ateneo de Caracas, 1982, p.187). Y esto en vez de llenar sus mentes de prejuicios, como sostiene Ruiz (p.57), les abrieron los ojos a la contemplación del pueblo, los llevaron hacia los más pobres y a sus problemas. Para un hombre como el Libertador, que fue un reformador social, esta formación, bebida oralmente, fue un acicate para su comprensión del medio ya que más tarde sus tropas estuvieron formadas por gente del común, a muchos de los cuales él encumbró, a quienes llegó a respetar tanto que llegó a llamarlos "caballeros" (Escritos del Libertador. Caracas: Sociedad Bolivariana de Venezuela, 1967, t. III, Vol. II, p.82).

Como ya hemos apuntado hay tres tesis que nos llevan al análisis del tipo de educación que el párvulo Bolívar recibió. A las tres las examina, con pormenor, Ruiz. En cuanto a la primera de ellas, la formación individual, la recibió Bolívar de varios sujetos. Quizá la primera de estas personas fuera Fray Manuel de Jesús Nazareno de Zidardia quien dirigía la escuela del Convento

de San Francisco. A esta aula acudió Simón al parecer en compañía de su hermano Juan Vicente (1781-1811). Hemos señalado que posiblemente su primer profesor pudo ser este fraile porque él dirigía una escuela para niños. Mucho mejor documentado que el del monje Zidardia, en torno al cual, como indica Ruíz, no podemos ni afirmar ni negar (p.72) son los casos del presbítero José Antonio Negrete, Francisco Carrasco y Fernando Vides, los nombres propios de los tres los conocemos, ahora por vez primera, gracias a la cuidadosa pesquisa de Ruíz. Sus otros ductores fueron Andrés Bello (1781-1865), dos años mayor que él, el padre Andujar, Guillermo Pelgrón (c1760-1814) y Simón Rodríguez.

La presencia de Bello al lado de Bolívar está documentada por el propio testimonio del Libertador en carta (mayo 20, 1815) al general Francisco de Paula Santander (**Cartas del Libertador**. Caracas: Banco de Venezuela, 1966, t. IV, p.329-330); con relación a Pelgrón, cuya figura se ha venido dibujando con mucha nitidez en los últimos años, gracias a los trabajos de Aureo Yépez Castillo (**La educación primaria en Caracas en la época de Bolívar**. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1985. 582 p.) escribe Ruíz, que sobre éste ningún autor ha dado información alguna acerca de la forma como este destacado educador se ligó a Bolívar ni que materias le enseñó (p.70). Sólo sabemos que fue uno de sus maestros por referencia que el propio Bolívar dio al general Tomás Cipriano Mosquera (1798-1878), quien así lo consignó en el libro que escribió sobre él **Memoria sobre la vida del Libertador Simón Bolívar**. New York: Imprenta de S.W. Benedict, 1853). Fue Pelgrón patriota convencido quien dio su vida por nuestra libertad, murió después del 20 de mayo de 1814 en San Juan de los Morros, como lo ha certificado Lucas Guillermo Castillo Lara (San Sebastián de los Reyes. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1984, t. II, p. 439); sobre Andujar se refiere el propio Libertador en su carta a Santander ya citada, de donde conocemos, cosa que documenta el propio Ruíz, como la Academia de Matemáticas fundada por el capuchino inició sus trabajos en la casa de Bolívar, siendo él uno de sus discípulos.

Simón Rodríguez, quien fue su maestro entre 1793-95, es entre sus preceptores al cual hay que prestar más atención, ya que no sólo fue el principal de sus docentes, cosa que Bolívar reconoció en su **Carta de Pativilca**, sino su maestro por antonomasia. Pero Rodríguez, quien a partir de 1792 se relacionó con los Palacios, fue también el primer hombre entre nosotros que pensó en la necesaria reforma de la educación, hecho esto al calor, como nos lo demuestra Ruíz, de las ideas "ilustradas" que le llegaron desde España. Por ello merece don Simón la larga atención que le presta Ruíz.

Como ya hemos señalado Rodríguez apareció en la familia por los menos un año antes que Bolívar comenzara a ser su discípulo en la escuela que éste

dirigía. Era por lo tanto persona conocida del adolescente pues frecuentaba su casa, ya que en sus horas libres era amanuense de su abuelo Palacios. Don Feliciano lo consideraba “hombre muy de bien” (p.73) y le solía encargar, a través de sus hijos que estaban en Madrid, libros que el pedagogo requería, ya que era director de la Escuela Pública de Primeras Letras de la ciudad dependiente del Ayuntamiento(1791-95). En esa época, al contrario de las consejas que luego se han divulgado, casi todas sin serio fundamento, fue Rodríguez “disciplinado y pensador, que procede en aquellos momentos conforme a las pautas que regían la sociedad de su tiempo, que acata cuanto ellas determinan y se conduce con integridad y prudencia”(p.74). Fue en aquellos años quien propuso la renovación de los estudios primarios que entonces se impartían. Sobre ello escribe Ruiz “el origen de su pensamiento educativo estuvo en la labor de un entusiasta grupo de educadores que a partir de 1780 se propusieron en la metrópoli española la renovación de la escuela de primeras letras ...éste conoció ese movimiento, supo de su importancia y extensión, leyó los trabajos que varios de sus promotores escribieron y... por ellos organizó su escuela” (p.75). Fue basado en esas lecturas que Rodríguez esbozó el proyecto de reforma que presentó al Cabildo(mayo 19,1794) el cual, como dice Ruiz, “a diferencia de lo que algunos autores han asegurado ...fue entusiastamente aprobado por el Ayuntamiento. Al remitirlo este cuerpo a la Real Audiencia ...hubo observaciones en contra ...pero hasta ahora se ignora cuál fue la decisión de dicho tribunal” (p.75).

Sobre la influencia que Rodríguez tuvo sobre su discípulo dice Ruiz “para la mayoría de los autores la influencia fue eficaz, profunda y decisiva en el ánimo del discípulo, otros tienen dudas acerca de su alcance y algunos consideran que no llegó a existir que fue muy débil” (p.76). Con la primera parte de la aseveración estamos de acuerdo. La segunda no tiene profundo fundamento. Así nos faltan pruebas para demostrar su influencia. El asunto lo prueba la psicología, basado en el testimonio del propio Bolívar, expresada varias veces: en una carta, seguramente redactada en 1804, a Teresa Laisney (*Escritos...*, t.II, Vol. I, p.136-140); en la misiva en la cual le pide a Santander le facilite los medios para que don Simón fuera a su encuentro en 1823(*Cartas...*, t. III, p. 154) y, al año siguiente, en la misiva dictada en Pativilca para su amado maestro (*Cartas...*, t. IV, p.36-38). Allí están las pruebas precisas sobre el hombre quien le enseñó en Caracas, en verdad durante poco tiempo, pero quien estuvo presente en dos de las grandes crisis de su vida personal: en la adolescencia, cuando Bolívar escapó de la casa de su tutor y más tarde en la grave depresión de la viudez, procesos estudiados con ojo zahorí por el psiquiatra Moisés Feldman (*Las crisis psicológicas de Simón Bolívar*. Caracas: Fundarte, 1991, p.43-79). En los años europeos, oscuros de documentación todavía, Rodríguez curó el alma enferma del futuro Libertador, como el mismo Bolívar lo ratificó por escrito. Y vivió con él la consagración a su ideal político. No hay que olvidar que

Rodríguez fue testigo del día del juramento en Roma (agosto 15,1805) y estuvo más tarde presente, a su lado, al subir al Potosí (octubre 26,1825), en el momento de la plena ratificación de aquel compromiso contraído veinte años antes.

En Caracas se relacionaron los dos Simones, cuyas firmas una frente a la otra aparecen en un documento público rescatado por monseñor Nicolás E. Navarro (**Litigio ventilado ante la Real Audiencia de Caracas sobre el domicilio tutelar y educación del menor Simón Bolívar**. Caracas: Imprenta Nacional, 1955. 64 p.). El contacto entre ambos llenó seguramente más tiempo que el que pasó Bolívar en el aula que su guía dirigía. Sin embargo hay que analizarla, dice Ruiz, teniendo en cuenta “que ni Bolívar fue el niño monstruo... ni Rodríguez el fanático seguidor de Rousseau” (p. 134). Sus relaciones se llevaron a cabo dentro de las pautas establecidas para la época para relacionarse maestro y discípulo, pero sin duda relaciones llenas también del ímpetu renovador que ya poseía Rodríguez. Cuando Bolívar se escapó de la casa de su protector fue enviado a vivir a la casa de Rodríguez a quien su tutor consideraba “sujeto de probidad y habilidad notoria” (p. 135). Residió allí dos meses. Luego volvió a su casa, porque sin duda las incomodidades casa de su profesor debieron ser muchas y Simón niño rico estaba acostumbrado a otras maneras de vivir, las propias que su peculio le permitía (p. 141). Y siguió siendo uno de los alumnos de don Simón hasta que éste renunció a su cargo en la Escuela de Primeras Letras (octubre 19, 1795). Al mes siguiente Rodríguez dejó Caracas (noviembre 11), saliendo a poco al exterior (noviembre 15) para ya no regresar más al lar nativo.

Ambos volvieron a encontrarse en París. Seguramente primero en 1801, ya que ambos residían en la misma calle. Por segunda vez en 1804. Durante este período fue amplia la relación. Rodríguez volvió a Colombia en 1823. Al saberlo Bolívar escribió a Santander (diciembre 8, 1823) para que le facilitara los medios para volverse a encontrar. Al iniciarse el año siguiente (enero 19,1824) Bolívar escribió a don Simón la famosa misiva en la cual lo consagró como el primero y más hondo de sus maestros. Sin embargo el 30 de septiembre del mismo año todavía no se habían estrechado las manos. Ello acaeció en Lima, después que el Libertador recibió la noticia (diciembre 18, 1824) de la victoria de Sucre en Ayacucho (diciembre 9). El encuentro entre los dos Simones debió ocurrir antes del 11 de abril de 1825, fecha en la cual ambos partieron al Sur. De allí siguieron juntos hasta que se despidieron en Bolivia (enero 7,1826) dos años más tarde. Al decirse adiós ninguno de los dos pronunció palabra alguna. Tal era el afecto que los ataba. No volvieron a verse. El año treinta don Simón publicó un muy interesante libro sobre su alumno, que fue uno de los primeros que se le dedicaron. Nos referimos a **El Libertador del mediodía de América y sus compañeros de armas defendidos por un amigo de la causa social**.

(Arequipa: Imprenta Pública, 1830. 111, 158 p.). Logró a través de sus páginas penetrar en la entraña vital de aquel al cual había encaminado, como el mismo Bolívar lo ratificó en Pativilca.

También la segunda tesis sobre la formación de Bolívar, la educación rusioniana, tiene que ver con Simón Rodríguez. A este tópico dedica Ruiz un muy bien trabado y certero análisis.

Este punto viene a cuento dentro de esta obra como consecuencia de una idea sostenida por el escritor francés Jules Mancini (1875-1912), quien en una obra sobre el Libertador, publicada en francés en 1912 (**Bolívar y la emancipación de las colonias españolas**. París: Bouret, 1914. 591 p.), sostiene que Rodríguez había puesto en práctica al educar a Bolívar las teorías que Juan Jacobo Rousseau (1712-1778) había sostenido en su **Emilio** (1762), su "obra máxima... en materia pedagógica" (p.91). Esa tesis, que luego tuvo mucha suerte entre historiadores poco proclives al examen documental, nunca había sido sostenida antes de Mancini. Sólo un rusioniano "avant la lettre" como Mancini pudo ocurrírsele. Según esto Rodríguez había sido el Rousseau de Bolívar mientras que aquel era su **Emilio**. La aseveración, como dice Ruiz, con razón, es toda una leyenda (p.81,82), ya que la influencia del **Emilio** no llegó a ser notoria entre nosotros hasta comienzos del siglo XIX (p.95), un momento en el cual ni Rodríguez ni Bolívar eran maestro y discípulo y cada uno se encontraba en un lugar distinto. La obra de Rousseau que tuvo profunda influencia entre nosotros, durante el siglo XVIII cuando los dos Simones se unieron para que el mayor enseñara al menor, fue el **Contrato social**. Del **Contrato social** sabemos que en 1796 la tradujo en Caracas el ingeniero Patricio Tonán (p.98, nota 98). Pocos años más tarde, ya en el siglo XIX, la vertió también el sabio doctor José María Vargas (1786-1854), versión que se ha perdido (p.98). En cambio del **Emilio** la primera noticia precisa conocida data del 24 de enero de 1811 (p. 99), cuando circulaba y era no sólo prohibida sino perseguida por la Iglesia, pese a que ya se había declarado la Independencia (p. 99). Esta incursión erudita sirve a Ruiz para demostrar que en Caracas don Simón no pudo conocer el **Emilio**. Y estuvo fundamentado en cuanto hemos expuesto y, especialmente, en el hecho que las fuentes de su pensamiento de reforma educativa, el cual cuajó en el informe que presentó al Cabildo, no era otro que el ideario renovador ilustrado hispano (p. 109, 110, 122, 123, 124).

La última tesis sobre la formación de Bolívar, la enseñanza escolar, descansa sobre los tres años (1793-95) que pasó en la escuela dirigida por Rodríguez. Allá fue enviado, piensa Ruiz, porque era necesario que "el niño tuviera ocupación interesante y útil... La conveniencia de que formalizara su aprendizaje elemental... El conocimiento que don Feliciano tenía acerca de las cualidades intelectuales y la arreglada conducta de... Rodríguez... el crédito ganado por la

Escuela de Primeras Letras de la ciudad gracias al esfuerzo y tesón del maestro... Rodríguez” (p.125). La inscripción debió hacerla su abuelo, como lo supone Ruiz con razones ciertas(p. 125, nota 141).

Una vez presentado el complejo panorama de la educación caraqueña de Bolívar el autor de la obra que comentamos concluye: “Como es evidente, de las distintas tesis que se han expuesto... la única que se sostiene con la fuerza de la prueba incontrastable de los documentos y el apoyo indudable de los razonamientos lógicos, es éste de la enseñanza escolar. De las demás, una se sustentan en testimonios referenciales no siempre dignos de confianza, otra en consideraciones deductivas a veces impropias y otras en declaraciones quiméricas y fabulosas, de suyo increíbles. De allí que pueda afirmarse con toda seguridad que al menos antes de junio de 1793 hasta octubre de 1795... Bolívar fue alumno de la Escuela de Primeras Letras de Caracas, de la cual... Rodríguez... era maestro regular” (p.131-132).